

---

## SERES HUMANOS A LA CARTA

---

JOSÉ LUIS CÓRDOVA SOTO

---

El hombre siempre ha buscado mejorar, siempre ha querido llegar a los bordes, tocar los linderos, asomarse a los límites, contener la totalidad, poder todo lo que puede.

Por otro lado, siempre ha asustado al hombre cada salto prodigioso de la ciencia, sobre todo cuando le hace plantearse y replantearse su lugar y su papel en el universo, y cuando el futuro aparece incierto y cada vez más complejo.

Llevamos sólo unos miles de años avanzando culturalmente, pero seguimos sin entender cómo procede la mente; hemos hecho descubrimientos prodigiosos, pero seguimos llorando a nuestros muertos. La ciencia parece tener un proceder extraño y tal vez en su complicación esté su encanto. En 1600, Giordano Bruno fue quemado, por plantearse el lugar del hombre en el cosmos y Galileo advertido. Leonardo confesó haber disecado treinta cuerpos, para su estudio y dibujo, enfrentando a las autoridades de su tiempo. Muchos años antes los espartanos ya hacían selecciones eugenésicas y en el siglo XIX Federico Nietzsche afirmó que el hombre es algo que debía ser superado, que el superhombre debía ser el sentido de la Tierra. ¿Qué hemos hecho para superarle? Hemos evolucionado del gusano al mono y del mono al hombre, y aún tenemos mucho de gusano y de mono, plantea Nietzsche, atrevidamente, en su

*Zaratustra*. El sentido de la Tierra debía ser un hombre inteligente, hábil, optimista, culto, que supiera apreciar el arte y que fuera consciente de su grandeza. En 1904, Francis Galton definía la eugenesia como “el estudio de los factores socialmente controlables que pueden elevar o disminuir las cualidades raciales de las futuras generaciones, tanto física como mentalmente. En ese sentido, para mejorar la formación genética del ser humano”,<sup>1</sup> y qué decir de la higiene racial de la Alemania nazi, en 1933, que representa el deseo de “mejorar” por cualquier medio a los seres humanos. El problema es que ahora, por primera vez, el hombre parece superar y trascender su propia naturaleza y entrar en el centro mismo de la esencia de la vida para programar genéticamente “mejores” hombres. Hoy muchos se plantean si es una rivalidad entre terapéutica y vanidad humana.

En filosofía se piensa que la persona es única, insustituible e irreplicable, y en bioética, que toda intervención curativa o experimental no tiene otro objeto que sanar o mejorar al hombre, o descubrir medios para lo mismo, siempre y cuando existan expectativas razonables de éxito. No es ético aumentar riesgos sólo por la curiosidad de saber. La finalidad es descubrir y detectar anomalías cromosómicas, genéticas o ambientales, y eso es bastante bueno y razonable, pero el hombre está en vías de ser señor de su existencia, ante la posibilidad de eliminar enfermedades o predisposiciones hereditarias.<sup>2</sup> Todo el esfuerzo, el dinero y el tiempo empleado en ello merecen nuestro respeto y admiración, pero el hombre puede tomar en sus manos el proceso de la evolución de la vida que a la naturaleza le ha costado millones de años. ¿Es avance o es más riesgo, o es riesgo por ser avance?

Hemos evolucionado de las cavernas al espacio, pero aún estamos en la prehistoria del espíritu. De las pinturas a la ge-

---

<sup>1</sup> Garza Garza, Raúl, *Bioética. La toma de decisiones en situaciones difíciles*, Ed. Trillas, México, 2000, p. 179.

<sup>2</sup> Roa, Armando, *Ética y bioética*, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1998, p. 176.

nética, pero en las relaciones humanas no hemos superado los tiempos griegos. “La historia de la biología muestra que todo lo realizable acaba por realizarse”,<sup>3</sup> pero, ¿estaremos preparados para ello? “Mientras más avanzamos en el conocimiento anatómico, biológico y genético, más nos damos cuenta que la humanidad no se reduce a esos mecanismos, que el hombre es más que su cuerpo. El individuo es el proceso histórico de una sutil e incesante dialéctica entre natura y cultura”,<sup>4</sup> por lo que la humanidad está más allá de la genética. La gestación de un niño perfecto, a nuestro gusto, “sería la cumbre del dominio del hombre sobre la naturaleza”,<sup>5</sup> pero muchos piensan que sólo sería la proyección de nuestros gustos y de nuestras frustraciones. Tan subjetivo como ellas. Muchos se oponen a la manipulación genética, por ser un peligro supremo, por jugar con la vida, por el poder de modificar definitivamente la herencia, por la posibilidad de afectar la dignidad de la persona irremediabilmente. Porque los niños del futuro serían imagen y semejanza de nuestro capricho, de nuestra necedad y vanidad, más que producto de la maravilla de la naturaleza y del amor. Estamos en el campo de las maravillas, pero también de nuevas incertidumbres y temores. La grandeza de la medicina, a través de la genética, no es hacer de los médicos jueces sobre la vida y la muerte, o sobre lo bueno y lo malo, sino de cumplir su más profunda y antigua misión, que es la terapéutica, de combatir lo que ataca a la vida y lograr mejores condiciones de vida. Se piensa que hemos cuestionado la idea del orden de la naturaleza y que “hemos provocado un corto circuito en las reglas del parentesco”,<sup>6</sup> que se pone en riesgo el equilibrio psicológico del hombre. Tal vez estemos en los inicios de un mundo suprahumano, pero la razón nos dice que cada vez tenemos más qué hacer y que la bondad siempre es

---

<sup>3</sup> Antaki, Ikram, “El Banquete de Platón”, *Ciencia*, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1998, p. 140.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 141.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 142.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 145.

vigente; que la sencillez y la honestidad están más allá de la ciencia, y que la fortaleza y la templanza, la conciencia y el amor, son frutos del espíritu del hombre más que del perfeccionamiento de técnicas de este hoy grandioso, pero al paso del tiempo, ingenuo principio del tercer milenio. El deseo de la salud perfecta lleva al deseo del cuerpo inmortal y al de la vida feliz como producto del progreso, pero eso no es ciencia sino utopía. Cómo entender que es a través de los fracasos, el sufrimiento y el dolor, donde se encuentra mucho del sentido de la vida. Por más que avancemos, el gen de la felicidad no puede descubrirse.

Se piensa también que se corre el riesgo de comercializar a los nuevos hombres, que dependen del poder adquisitivo, y que después se originen seres superiores e inferiores. ¿Quién deberá guardar la información de los seres futuros y qué pasará con los seguros médicos o con la confianza de un ser que sabría que no se enfermaría de ningún mal conocido? ¿Será una nueva ética y una nueva forma de ver la vida? El hombre se siente poderoso, pero en el fondo es frágil, y el derecho, la medicina y la ética deben encontrar nuevas formas de proteger a la persona de peligros futuros. Sin embargo, la ciencia no puede ni debe detenerse. Renunciar a su avance es contrario al deseo natural de progreso. Pero lo científico no terapéutico corre el riesgo de no ser ético y, por ello, ser peligroso y dañino. Sabemos de bellas mujeres y famosos artistas intervenidos muchas veces quirúrgicamente, a causa de su egoísmo o de su dinero, pero quizá no se acercan a su realización ni a su plenitud. Quizá cada progreso haga más difícil el papel de la voluntad. Sólo se puede hablar de ética de la ciencia en su aplicación y no en su avance. “No debemos tenerle una confianza ciega, pero tampoco una desconfianza sistemática”.<sup>7</sup> Debemos decir sí a la ciencia y sí al respeto absoluto por ese pequeño que algún día nacerá. Hoy surgen aversiones y odios por el saber biológico, como si estuviera en peligro la humanidad

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 148.

entera. La voluntad de saber es natural (Aristóteles) y debemos aceptar los riesgos de discutir estas cuestiones. “No es lo mismo progresar en los terrenos de la sabiduría que en los del conocimiento, pues éstos deben ser usados para servir a la dignidad, integridad y futuro del hombre”.<sup>8</sup> Cada nuevo descubrimiento revela nuevas ignorancias y los avances reflejan más incomprensión, aunque especialmente esta época parece acercarse a los bordes del saber. Hay que seguir admitiendo que no sabemos y que la humildad en el conocimiento de la ciencia es la mejor expresión de la verdadera razón. Hemos avanzado de la prehistoria al deseo de emigrar a las estrellas y controlar la forma en que serán nuestros hijos, pero no olvidemos que seguimos sin entender los sueños y el amor, la grandeza de la voluntad, de la lealtad y de la fidelidad. Si nos dieran a elegir a nuestro futuro hijo, a ese ser que viene con todas las esperanzas del mundo, que posiblemente posea todos los requisitos de nuestra realización y que pudiéramos seleccionar el color de sus ojos, su estatura, su físico envidiable, su sociabilidad o su aptitud para ser un campeón, seguramente cambiaríamos todo ello simplemente porque fuera nuestro, que fuera sano y que fuera un buen niño, que viviera una vida buena y que aprendiera a ser un buen hermano, un buen hijo y algún día un buen padre. En estos terrenos, en los de la verdadera finalidad humana, sólo pueden ayudar la voluntad y el amor. La genética no puede curar el espíritu, pero la medicina, el derecho y la ética entrelazadas, pueden aliviar y prevenir muchos de los males del mundo moderno. La ciencia es una pasión por saber y es un bien supremo para el hombre y por ser producto de su humanidad, también tienen una función humanizadora. La ciencia tiene un valor ético por esencia. Vale por lo que descubre y puede descubrir, por su poder, por su potencia, por el estado de asombro y maravilla de la cual es origen y el cual provoca. La ciencia está ligada indisolublemente al campo axiológico. “El ser humano, a través de la ciencia,

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 149.

puede ver las cosas no sólo como son sino como pueden ser, el mundo como realidad y como posibilidad".<sup>9</sup> Es su aplicación la que cae en el terreno moral. "Mientras más crece el poder del hombre sobre la naturaleza, más decrece el poder y el saber sobre sí mismo y sobre su propio destino humanizado. Crecen los medios y decrece la conciencia de los fines",<sup>10</sup> aumentan los cómo y disminuyen los para qué. He ahí el mal de nuestro tiempo. La ciencia sin ética se torna motivo de peligro para el porvenir del hombre. Se necesitan criterios y valores que orienten, no que limiten. "Criterios que racionalicen su extraordinario poder",<sup>11</sup> no que la asfixien. La ciencia no puede ser independiente e indiferente del mundo de los valores. Somos más que cuerpos y "el mundo de la ética no es reductible al de la genética".<sup>12</sup>

Se necesita conciencia de la ignorancia para superar la soberbia. Hemos crecido tanto, pero seguimos ignorando mucho sobre nosotros mismos, sobre el cómo viviría un hombre que supiera que sólo podría morir a causa de un accidente. Curiosamente, su sentido de valoración de la vida quizá cambiara radicalmente. La filosofía piensa que el hombre debe valorar los alcances de su propio poder, sin embargo, el trabajo científico, biológico y genético provoca problemas trascendentales, debido a que el hombre de ciencia ha llegado a tocar "el corazón mismo de la vida",<sup>13</sup> y quiere hacer una música nueva con las notas de la armonía de la reproducción humana. Lo prudente sigue siendo discutir y razonar. Escuchar, observar y aprender... lo más importante siempre será el bien del hombre. Ese es el fin y la ciencia debe estar al servicio de ese fin y no de los caprichos humanos. El hombre deberá buscar el equilibrio de la voluntad científica y la necesidad de proteger (declaración universal sobre el genoma humano y los derechos del hombre).

---

<sup>9</sup> González, Juliana, *El poder de Litos*, Ed. Paidós, México, 2000, p. 231.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 234.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 237.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 244.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 289.

Tener hijos a la carta consistiría en hacer pervivir nuestro ideal, nuestro deseo de trascender a nuestro gusto y, para muchos, quizá sea la indicación de un gran narcisismo.

Parece infinito el nuevo poder. Ahora, más que nunca, se necesita trabajo en conjunto en ese poder que parece alzarse sobre la vida y la muerte, sobre la salud y la enfermedad, sobre la belleza y la fealdad. El conocimiento puede estar al filo del bien del hombre.

El trabajo interdisciplinario será prueba de la madurez o de la pequeñez del hombre, en este asombroso proyecto de los hombres a la medida. Quizá “estamos en los albores de una nueva humanidad que parece cuestionar lo que hemos sido hasta ahora”.<sup>14</sup> ¿Cómo serán estos bebés a la carta como hombres? ¿Serán más fuertes, bellos, sanos, libres y felices o estarán infectados de este mal del presente y del futuro que es el vacío de la existencia,<sup>15</sup> de no tener claros los fines y estar excedidos de medios? ¿Morirá el hombre histórico, el consciente, el culto, el maduro y, sobre todo, el virtuoso, como consecuencia de haber superado tantas adversidades? El mundo moderno nos muestra que facilitarle las cosas a las personas no las hace mejores ni más satisfechas.

La ciencia no se va a detener, pero ¿podrá el hombre andar a su velocidad vertiginosa o perderá el sentido ante esta gran oportunidad de intervenir en la cadencia de la vida? ¿La natura será aplastada por la cultura o será engrandecida?

La genética puede buscar sus fines esencialmente terapéuticos y es momento de apoyarle, aplaudirle y agradecerle todo lo que está haciendo y puede hacer por nuestros futuros hijos. Bendita sea así la medicina, pero nosotros somos los responsables de su aplicación, de la formación de la voluntad de los futuros pequeños, de sus conciencias y de sus valores; de la bondad y de su honestidad; de su sinceridad y de su capacidad de amar; de perdonar y de valorar la maravilla de la vida; de saber pensar y preguntar; de tener esperanzas y de seguir-

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 290.

<sup>15</sup> Cf. Frankl, Viktor, *Ante el vacío existencial*, Ed. Herde, Barcelona, 1997.

se asombrando y comprendiendo, de adquirir sabiduría ante la muerte. Aquí la genética no nos puede ayudar mucho, pues nos situamos ante la más grande tarea humana, la más difícil, la más digna, la más delicada y la más trascendente, con el gran compromiso de la vida que es la paternidad. Genética y paternidad son valores, he ahí una magnífica combinación. Sólo así se formarán los mejores bebés del mundo. Nuestra verdadera labor está en las familias. Los médicos buscan al hombre perfecto, lo que está en duda es nuestra capacidad para que ese niño sea grande por ser virtuoso.

La ciencia puede ser la grandeza de la potencialidad humana o el gran momento de la soberbia y de la necesidad. Depende de nosotros el orientar su aplicación. Es momento de no limitarla y sí de dejarla crecer, junto con los bellos sueños de los mejores hombres, de las mejores mentes. Que mejor que nos sumemos también, como los mejores padres. No le debemos un futuro “superbebé” a este mundo, sino un mejor futuro a los niños del mundo que están por nacer.

*Si estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, somos creaturas creantes. Dios como arquitecto y nosotros como artífices.*

*Tal vez así como Dios se regocijó en su creación, podríamos alegrarnos de nuestros incipientes balbuceos, de nuestros pequeños logros y nuestras diminutas creaciones.*

*Bendito el hombre que puede crear y cocrear, y entre más participa con su razón en este asombroso proceso, quizá el Creador se alegre otra vez por los alcances de su creatura.*

*Mientras más nos acercamos a descubrir los secretos de la vida, más seremos respetuosos con nuestras insignificantes obras maestras.*